

Mimunt Hamido Yahia

NO NOS TAPARÁN

ISLAM, VELO, PATRIARCADO



El camino de las mujeres norteafricanas o de origen norteafricano hacia la igualdad no está exento de retrocesos. Así, tras décadas de lucha para dejar atrás rémoras culturales patriarcales, la llegada de un nuevo islam fundamentalista, fomentado desde los países del Golfo, está en vías de anular los avances del movimiento feminista.

La difusión masiva del velo es el símbolo más claro de este proceso reaccionario: una prenda uniformada, normificada desde Malasia hasta Marruecos, pretende erigirse en símbolo de una «identidad cultural», a la vez que comporta un claro mensaje religioso, ideológico y sexista.

Ante esta presión están solas. La derecha las considera simplemente «moras» y, como tal, parte del problema del islam, que entiende como una amenaza mundial. Una buena parte de la izquierda, tras décadas de lucha por la laicidad, se dedica a cortejar a ese mismo islam rigorista en aras de una mal entendida «diversidad», y promueve activamente el velo y, con él, todo un conjunto de actitudes del patriarcado fundamentalista.

Este libro pone de manifiesto cómo el colectivo de inmigrantes norteafricanos en España ha abandonado su cultura para arrojarse en brazos de un neoislam más sexista que nunca. Y denuncia cómo empresas y administraciones colaboran con este, fomentando el velo y ahogando la lucha de las mujeres por sus derechos.

PRESENTACIÓN

Debatir sobre culturas, religiones y la mujer puede resultar inabarcable. Si a ello le añadimos cómo se insertan unas cuestiones de una cultura en otra, la complejidad se acrecenta.

Por ello quizá, antes de concretar, es necesario plantearnos si apostamos por valores universales o no. Sin duda existirá un conflicto entre dos polos. Habrá potencias geopolíticas y culturales que querrán imponer sus criterios al resto de la humanidad, que considerarán que su modo de vida es el único válido frente a la barbarie del otro y aprovecharán esa excusa para combatir al ajeno, aplastarlo y, ya de paso, saquearlo. No es nuevo. Es lo que hicieron las potencias colonizadoras en los siglos pasados. Todavía hoy es un discurso de sectores ultraderechistas europeos y estadounidenses, unos añorando tiempos imperiales y otros convencidos de que su modo de vida es el único válido.

En el otro polo tendremos a quienes, movidos por un exacerbado sentimiento de culpa colonialista, fascinación por lo distinto y lejano o guiados por el mito del buen salvaje, consideran que todo lo que procede de otra cultura debe ser sistemática y acríticamente aceptado.

En nuestra opinión, estas dos posiciones radicales son peligrosas para la humanidad. Es necesario establecer unos principios y valores comunes para hombres y mujeres. De hecho, es lo que se planteó cuando la ONU aprobó en 1948 la Declaración Universal de los Derechos Hu-

manos. Es decir, hablamos de unos mínimos elementos, criterios de convivencia, derechos... que debemos exigir a cualquier colectivo en cualquier lugar del mundo y que no pueden ser atropellados en nombre de culturas minoritarias, grupos étnicos o idiosincrasias históricas. Pero que deben ser universales, y no que procedan y se impongan desde una determinada cultura considerada superior.

Obsérvese que todavía no hemos incorporado al debate el elemento que quizá haya generado más enfrentamiento y terror entre culturas: la religión. Es verdad que no todas por igual, pero sí que, en su nombre, los pueblos han sido –y en algunas geografías todavía hoy lo son– arrastrados a la intolerancia al otro y a la imposición violenta de sus dogmas a todo el que se resistiera. Y si los infieles, por no compartir la religión, eran las víctimas habituales de la ira en nombre de algún dios, las mujeres, de la religión propia o ajena, siempre fueron el grupo social más atropellado y cosificado por la mayoría de las religiones.

Y después de este intento de aproximación a un marco de discusión, llegamos a este libro de la colección A Fondo de Ediciones Akal, *No nos taparán*. En él se plantean el conflicto entre sociedades, el patriarcado de la religión y la defensa valiente de una autora que reivindica unos valores universales y laicos para enfrentar a un islamismo opresor y una determinada izquierda cómplice. Mimunt Hamido sabe de lo que habla, pues nació en Melilla, en el seno de una familia musulmana. En las páginas que siguen, nos cuenta en primera persona su vida amenazada y oprimida por la religión. Una religión, la islámica, y un símbolo de esa opresión, el hiyab. Pero no es sólo un libro meramente testimonial, sino que se trata de un trabajo documentado en el que recoge los testimonios de mujeres que, como ella, han tenido que enfrentarse a ese islam que oprime y cosifica a las mujeres. Por supuesto, hay varios islam, y aquí viene una de las grandes aportaciones de la autora.

En contra de lo que muchos creen, ese islam que ahora está avanzando en el mundo, el salafismo, nacido en los sectores más reaccionarios de Arabia Saudí, está teniendo su mejor caldo de cultivo en las sociedades europeas, incubándose en la complacencia de una izquierda que, en nombre de una mal llamada tolerancia, defiende símbolos y opresiones causantes de que muchas mujeres se dejen la vida en el mundo musulmán. Y todo ello bien regado con dinero de las petromonarquías.

Para Mimunt Hamido, el hiyab es el elemento más emblemático de la opresión del islam contra las mujeres y por eso no acepta que existan varias interpretaciones sobre ese símbolo. Ni es cultura, ni etnicidad, es la teología ortodoxa islámica que establece que el pelo de las mujeres es un atributo erótico que puede despertar deseos sexuales malsanos en los hombres, intentarán tocarla, violarla... Con el pañuelo se evita el enfrentamiento entre un hombre y el «propietario» de la mujer, su esposo o su padre si no se ha casado todavía.

En *No nos taparán*, el debate lo plantea la autora ante el nuevo fenómeno de mujeres musulmanas que en la Europa occidental –muchas de ellas sin pasado religioso– se han convertido en ardientes defensoras del hiyab, lo que Mimunt llama la nueva secta del islam europeo. Años de lucha feminista por la liberación para observar cómo el corazón de Europa, la que parecía que más había avanzado en los derechos de las mujeres, se convierte en vanguardia del islamismo más reaccionario con las mujeres como carne de cañón. Porque el dichoso hiyab no es un mero pañuelo, nos recuerda Mimunt. Detrás de él se encuentra el imperativo de virginidad hasta la llegada al matrimonio, la negación de su sexualidad, el concepto de mujer como objeto de posesión de un hombre, la anulación de cualquier socialización que no sea con los hombres de su familia u otras mujeres...

Que mientras miles de mujeres pierden la vida en países islamistas por liberarse de ese hiyab, con todo lo que él supone, en Occidente surjan conversas y políticos y colectivos progresistas defendiéndolo, incluso fomentándolo, en nombre de riquezas culturales y tolerancias a minorías, supone, en su opinión, uno de los mayores retrocesos a los que se enfrenta el feminismo en Europa. Que levantar la bandera de la laicidad y del feminismo liberado de patriarcado religioso sea calificado de islamofobia por alguna izquierda es otro de los motivos de indignación de la autora. Quienes defienden el hiyab como elemento de tolerancia no se dan cuenta de que, precisamente, están apoyando la existencia de un símbolo de segregación entre hombres y mujeres, entre creyentes y no creyentes, entre pecadoras y virtuosas.

Y no, el hiyab nunca es voluntario, aunque se lo oigamos decir a una adolescente musulmana en una ciudad europea. Quien lo lleva no se lo podrá quitar en público porque será insultada por sus amigas, repudiada por su familia, despreciada por su comunidad y discriminada en cualquier entorno musulmán. A la joven con hiyab nunca la veremos charlando con un grupo de chicos de su edad en un parque, nunca la veremos tomando algo en un *pub*, no se bañará en bikini en una piscina pública, no bailará música moderna. ¿De verdad nos convencerán de que es sólo un pañuelo, una mera prenda de vestir?

Hamido nos recuerda en este libro valiente y sincero que esto no fue siempre así, que hubo tiempos en que en países como Marruecos, Túnez o Egipto las mujeres, creyentes o no, no llevaban hiyab, vestían igual que en Madrid o París, se relacionaban con sus amigos igual que en cualquier ciudad europea y el imam no tenía ninguna autoridad en la comunidad. En cambio, ha sido en Europa, al calor de un mal entendido respeto y tolerancia, donde el salafismo se ha desarrollado, donde las autoridades han dado carta de autoridad a los imames, legitimándolos co-

mo representantes de la comunidad, donde algunos ayuntamientos celebran el Día Mundial del Hiyab, donde se financian conferencias en instituciones públicas sobre el «feminismo islámico», donde las ayudas públicas para emigrantes no son para que creen un sindicato sino para que construyan una mezquita. La izquierda, que tanto ha luchado para eliminar símbolos religiosos de los colegios, está apoyando ahora que sean las adolescentes musulmanas soportes andantes de esos símbolos en sus colegios. La izquierda que en los sesenta llamaba a las mujeres a quemar los sujetadores, llevar minifalda y vivir su sexualidad libremente, ahora dice que hay que respetar el hiyab, cuando no lo aplaude, como elemento multicultural que nos enriquece y ejemplo de respeto a otras comunidades.

Y volvemos al principio de la presentación. Igual que los derechos humanos son universales, también lo es el feminismo que reivindica Mimunt Hamido. Un feminismo laico, un feminismo que no tolera que ni la religión ni el patriarcado condicionen su vida ni limiten sus libertades. Un feminismo que no debe tolerar que tapen a las mujeres.

Pascual Serrano

A mi querido padre,
Hamido Yahia Arras,
que tanto me defendió de su patriarcado

NOTA BENE

He cambiado los nombres de muchas chicas que aparecen en este libro. Utilizar el auténtico podría acarrearles problemas. No está indicado en cada caso si el nombre es real o ficticio.

I

EL CUERPO VELADO

VELOS Y DESVELOS

Cuando yo tenía unos siete años, las niñas de mi colegio fantaseábamos sobre cómo sería todo en el año 2000. Falaban como 30 años para el cambio de siglo. Unas hablaban de teléfonos donde veríamos las caras de aquellos a quienes llamábamos, otras de coches voladores, algunas se veían habitando Marte. Recuerdo muy bien lo que yo dije: «En el año 2000 todos iremos desnudos». No recuerdo bien lo que dijo la maestra, pero sí recuerdo que, en los días siguientes, cada vez que hablaba me mandaba al cuartito de pensar. Era el baño del cole, un lugar oscuro y que daba algo de miedo.

No pude explicar por qué deseaba eso, ni siquiera creo que en aquella época fuese consciente de por qué lo dije. Pero más tarde, cuando la realidad de la vida se impuso, supe el motivo de aquel deseo.

Yo era una niña musulmana como tantas en mi ciudad, Melilla. Mi educación era como la de mis otras compañeras, con sus pequeñas diferencias: en mi clase había chicas cristianas (la mayoría), dos musulmanas, una india y hasta una evangelista, y a todas nos daban una educación severa y religiosa. Las cristianas iban a misa los sábados y el Miércoles de Ceniza; las demás nos quedábamos en clase al cargo de las más pequeñas. También estábamos

exentas de asistir a clase de religión, pero podíamos quedarnos si queríamos.

Yo me quedaba: me encantaban esas leyendas de la Biblia: o Matusalén y su larga vida, la parábola del hijo pródigo, las bodas de Caná... Allí empecé a entender los rituales de esa religión que me era ajena, y a la vez en mi casa empezaba a darme cuenta del porqué de mis diferencias con las otras compañeras de clase.

Comencé a ser consciente de nuestras diferencias a partir de los ocho años. Fue cuando mi cuerpo cambió. Mi madre me dijo que ya era una mujer y se me acabaron los juegos: saltar a la comba, al elástico, ir a la playa... y, sobre todo, que no debía dejarme tocar por un hombre, que no debía mirarlos de frente, que sólo les hiciera caso cuando me pidiesen algo relacionado con las labores domésticas. A todo esto añadió una retahíla de reglas de higiene y sobre lo que podía o no podía hacer esos días. Y empezaron los secretos: mi padre y mis hermanos varones no podían enterarse de que una vez al mes mi cuerpo sangraba, eso era un secreto del que sólo se podía hablar, y poco, entre las mujeres.

Tuve mucha suerte. En aquellos años a nadie se le ocurría que una niña de ocho años, por muy desarrollada que estuviese, tuviera que llevar pañuelo, y digo «pañuelo» porque en mi temprana adolescencia el hiyab, el velo islamista, aún no había colonizado el Magreb. Tenía que observar muchas normas, pero esa, afortunadamente, no era una de ellas. Sí lo fue, por ejemplo, la que me prohibía llevar faldas cortas, camisetas de tirantes y bañadores. Mi vestimenta tenía que ser «decente», muy decente, tampoco podía jugar mucho con niños, si bien me dejaban jugar con mis primos, siempre y cuando no fuesen peleíllas cuerpo a cuerpo o al escondite. Yo obedecía aunque no entendía absolutamente nada, pero sabía que no tenía más remedio.

Mis compañeras seguían con su vida y cada vez nos separaban más cosas; sobre todo nos separaban las normas. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de que yo era musulmana, no era como ellas, y tenía que tener mucho cuidado con lo que decía, contaba o hacía.

En mi familia, profundamente creyente, mis tías vestían al modo europeo, la más joven de ellas se atrevía incluso a ir a la playa ¡en bikini! Mi madre ejercía de hermana mayor y la reñía a veces, pero tampoco era ningún drama. Mi abuelo había muerto y ella sólo le rendía cuentas a mi abuela. El resto de mis tías se fueron casando y tampoco se ponían hiyab; se pusieron la pañoleta típica bereber.

De las cuatro hermanas, dos llevan ahora hiyab, una sigue fiel a su pañoleta bereber y la última no se ha puesto jamás ni hiyab ni pañoleta.

Arabia coloniza las cabezas

Recuerdo el día que mi prima Taamanan vino a mi casa a saludar a mis padres. Había venido con su marido de vacaciones, ellos vivían como inmigrantes en Bélgica. Mi prima y mi hermano mayor eran como hermanos, habían crecido y jugado siempre juntos. Cuando Taamanan se casó y se fue a Bélgica con su marido, que ya llevaba viviendo allí varios años, ella vestía a la manera bereber: chilaba y pañoleta. Su padre, mi tío, era muy tradicional, por lo que ella nunca había vestido a la europea, aunque sí salía e iba a la playa vestida con un ligero caftán sin mangas y recogido. Cuando volvió, vino con el hiyab puesto. La tela sólo dejaba al descubierto el óvalo de su rostro. Esa tarde mi hermano no estaba en casa. Cuando regresó, mi madre le habló de la visita de Taamanan.

–Me ha preguntado por ti –le dijo mi madre.

–Ah, pues voy un momento a saludarla.

La casa donde se quedaba Taamanan no distaba más de 100 metros de la nuestra. Mi hermano volvió serio y enfadado.

–Oye, mamá, ¿qué le pasa a esta? No me ha querido abrir la puerta, dice que su marido no está, ¡pero si yo no he ido a ver a su marido!

–Ah –dijo mi madre–, es que su marido es de esos barbudos y le habrá dicho que no puede ver a ningún hombre.

–¡Pero si somos primos!

–Da igual. Eres un hombre, ya la verás cuando venga cualquier tarde aquí.

–¡Pues sí que estamos bien! Tampoco me hace falta verla.

Aquel día creo que mi hermano y yo nos dimos cuenta de que algo había cambiado. A mí me sucedió algo similar: hacía ya tiempo que yo tampoco podía besar o abrazar a mi primo Jaffar. Según él, que se había vuelto un estudioso del Corán, como éramos primos podíamos casarnos, así que yo ya no era su amiga de la infancia, era una mujer intocable y no era decente que nos abrazáramos. A mí me cabreó tanto que hasta hoy –y han pasado más de 30 años– no puedo verlo sin sentir rechazo. Hablo con él lo mínimo, sólo en reuniones familiares, pero siempre nos recuerdo balanceándonos en los columpios, felices y despreocupados. Eso era antes. Hasta que todo cambió: de repente fuimos conscientes de algo que no sabíamos aún nombrar. Hoy sé qué era: nos había colonizado el wahabismo.

El wahabismo es una corriente religiosa del islam creada en Arabia en el siglo XVIII. Sus predicadores, seguidores del teólogo Mohamed Abdul Wahab, se aliaron con la poderosa familia Saud, la que luego fundó el reino de Arabia Saudí, para tener un respaldo político. La interpretación

wahabí es tan rigorista y puritana que, hasta inicios del siglo XX, los teólogos ortodoxos en los grandes centros de islam clásico, como la Universidad de al Azhar en El Cairo, la consideraban poco menos que una herejía, en todo caso una secta poco recomendable.

Eso cambió cuando en el desierto se descubrió petróleo y los predicadores empezaron a nadar en petrodólares. La alianza de Arabia Saudí con Estados Unidos, firmada en 1951 y vigente hasta hoy, elevó el reino wahabí a potencia política internacional y los dogmas de su secta se convirtieron en el nuevo estándar del islam en todo el mundo.

La cofradía de los Hermanos Musulmanes, fundada en Egipto en 1928 con la intención de introducir las normas del islam en la vida social y política, ha difundido esta interpretación nueva y puritana de la religión por numerosos países. Aunque este movimiento está enemistado con la familia real saudí y rechaza el término «wahabí», su forma de entender el islam, que llaman «salafista» («el de los antepasados»), es tan similar al wahabismo que no cabe diferenciarlo. De hecho, Catar, un país oficialmente wahabí, es el que más respaldo y financiación ofrece a la cofradía.

Fueron esos «Hermanos» quienes se ocuparon de difundir el salafismo entre los inmigrantes magrebíes en Bélgica, Alemania u Holanda. Las marroquíes que se casaban con hombres emigrantes, como mi prima Taamanan, tuvieron que integrarse en una comunidad marcada mucho más por la religión que lo acostumbrado en su barrio de Melilla, Nador o cualquier otra ciudad marroquí. Cuando volvían de vacaciones, ya venían con el hiyab puesto. A mí me llamaba mucho la atención, porque yo siempre había visto en las películas que las chicas europeas eran modernísimas, llevaban minifaldas y hasta había oído hablar algo sobre una guerra de sujetadores, chicas que se los quitaban y ¡lo decían!

No entendía que estas mujeres viniesen de vacaciones y se quedasen metidas en casa, vistiesen la típica chilaba y llevasen ese pañuelo encima del pelo y atado al cuello en verano, con el calor que hace en Melilla. En aquellos años, pensaba que cubrirse era cosa de las abuelas, pero es que a mi abuela se le veían la cara y las trenzas debajo de su pañoleta, a estas mujeres no se les veía ni un mechón de pelo, ni un poquito de cuello.

Pelos y peligros

¿Por qué debe una mujer llevar velo? En la teología ortodoxa islámica está perfectamente explicado: el pelo se considera un atributo erótico de la mujer que puede despertar deseos sexuales en el hombre. Y si un hombre se excita, intentará tener sexo con esa mujer. Puede acosarla, procurará tocarla, incluso puede intentar violarla, todo lo cual creará conflicto y enfrentamientos (por ejemplo, con el marido de la mujer en cuestión o sus familiares). El velo tiene una función sexual: el de evitar despertar la lujuria de los hombres. Si un hombre ve nuestro pelo, lo lógico es que no pueda contenerse y sienta de repente en sus entrañas el primitivo instinto de violarnos.

Es muy desolador que los musulmanes se consideren violadores y que las musulmanas consideren a sus hermanos, primos, padres o tíos potenciales violadores. Hombres que no pueden contenerse ante la visión del pelo de una mujer musulmana. Sólo de una musulmana, curiosamente, porque las otras pueden ir como quieran, nadie tendrá ganas de violentarlas... o bien no importa lo que pueda ocurrirles. Sí importa con las musulmanas: les pertenecemos a esos hombres violadores y, si no vamos decentemente vestidas, se ven en el derecho de amonestarnos o directamente de violarnos. Y nosotras seremos responsables por no haber guardado las normas de decoro